

X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2018.

Jacques Lacan, Roland Barthes: la lectura como resistencia a la doxa.

Kohan, Alexandra.

Cita:

Kohan, Alexandra (2018). *Jacques Lacan, Roland Barthes: la lectura como resistencia a la doxa*. X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-122/455>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ewym/fm6>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

JACQUES LACAN, ROLAND BARTHES: LA LECTURA COMO RESISTENCIA A LA DOXA

Kohan, Alexandra

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Argentina

RESUMEN

Jacques Lacan y Roland Barthes, cada uno en su campo (el psicoanálisis y la crítica literaria respectivamente), produjeron una subversión: con sus intervenciones resistieron al poder de la Institución, a la institucionalización del saber. Es en este sentido que puede decirse que inauguraron una nueva forma de lectura: uno que resiste la doxa. Intentaremos precisar las coordenadas en las que se inscriben ese nuevo modo de leer, ese nuevo lector. Para ello resulta indispensable indagar cómo se precipitó el descubrimiento freudiano y es por eso que comenzamos por visitar la experiencia freudiana en sus inicios.

Palabras clave

Lacan - Barthes - Lectura - Doxa

ABSTRACT

JACQUES LACAN, ROLAND BARTHES: READING AS A RESISTANCE TO THE DOXA

Jacques Lacan and Roland Barthes, each one on his field (psychoanalysis and literary criticism, respectively), produced subversion: with their interventions they resisted the power of Institutions, the institutionalization of knowledge. Is in that sense that we can say that they inaugurate a new way of reading: that one that resists the doxa. We will try to precise coordinates in which that new way of reading, that new reader are inscribed. For this it is indispensable to investigate how the Freudian discovery was precipitated and that is why we started by revisiting the Freudian experience in its beginnings.

Keywords

Lacan - Barthes - Reading - Doxa

Un objeto solitario hace señas a un lector solitario.

Juan B. Ritvo

[...] una manera de leer provocada por una manera de escribir, y no al revés.

Luis Gusmán

Cuando Freud se está formando en París con Charcot, en 1885-1886, tiene lugar una escena que considero decisiva para pensar la relación que el psicoanálisis establece con la lectura. Visita dos tumbas: la del escritor Ludwig Börne y la del escritor Heinrich Heine. Börne resultó fundamental para la creación misma del método psicoanalítico. Tal como el propio Freud relata en *Para la prehistoria de la técnica analítica* (1995), cuando tenía catorce años recibió

de regalo las obras de Börne y fue el único libro de su juventud que, cincuenta años después, aún conservaba. Las obras incluyen el ensayo "El arte de convertirse en escritor original en tres días". Allí Börne refiere lo siguiente:

Tomen unas hojas de papel y escriban durante tres días sucesivos, sin falsedades ni hipocresía, todo lo que les pase por la mente. Consignen lo que piensan sobre ustedes mismos, sobre su mujer, sobre la guerra turca, sobre Goethe, sobre el proceso criminal de Fonk, sobre el Juicio Final, sobre sus jefes; y pasados tres días, se quedarán atónitos ante los nuevos e inauditos pensamientos que han tenido. ¡He ahí el arte de convertirse en escritor original en tres días!

Conservadas, pero no vueltas a leer hasta cincuenta años más tarde¹, estas obras sorprenden a Freud en el retorno de lo reprimido vía la creación del método psicoanalítico de la asociación libre. Freud concluye que, "no nos parece imposible, entonces, que esta referencia acaso pusiera en descubierto esa cuota de criptomnesia que en tantos casos es lícito suponer detrás de una aparente originalidad" (1995: 260). La invención de Freud, lectura olvidada mediante, testimonia por el efecto de la letra en el cuerpo. La asociación libre, el método original y fundamental del psicoanálisis, es efecto de una lectura olvidada. Es, por qué no, la escritura de una lectura, es la creación de Freud lector. Pero no fue sólo la tumba de Börne la que Freud quiso visitar, sino también la de Heinrich Heine. Y Heine resulta no menos crucial para considerar lo que la literatura instigó en Freud hasta delinear su propia noción de lectura. Porque de Heine extrae el ejemplo *princeps* de *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905): *famillionario*; libro que, junto a *La interpretación de los sueños* (1900-1901) y *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), forma la trilogía sobre el inconsciente, o, como lo dice Lacan, "los libros que pueden llamarse canónicos en materia de inconsciente" (1987: 502). Porque en estos textos, más que en ningún otro, se puede advertir las hebras del lenguaje en el tejido del inconsciente; porque en ningún otro lado se muestra tanto y tan claramente que el inconsciente está hecho de lenguaje, que las formaciones del inconsciente son hechos de lenguaje. Y porque se advierte el modo en que "la intención del individuo es en efecto más manifiestamente rebasada por el hallazgo del sujeto; en ninguna otra parte se hace sentir mejor la distinción que hacemos de uno y otro" (Lacan, 1987:260). Conviene entonces detenerse en la escena del cementerio en tanto esas dos tumbas balizarán el camino y el recorrido de Freud y habrán anticipado, así, su invención original. Son tumbas que muestran, en lo que vendrá, que no hay lectura sin olvido y que no hay lectura sino en el desconcierto, en la desorientación, en el más allá de lo esperado. Un sentido nuevo,

en las antípodas del sentido común y del sentido dado, en las antípodas del sentido de los ideales más o menos admitidos, de las referencias y puntos fijos, es decir, de la *doxa*, será lo que el *Witz*, abriendo todos los usos y recursos de la lengua, vendrá a efectuar. Y un sentido nuevo que adviene sorpresivamente es el rasgo fundamental para hablar de inconsciente. Poner la sorpresa al lado de la verdad es una de las enseñanzas de Freud en relación a las formaciones del inconsciente; es hablar del inconsciente en la lógica del acontecimiento, de la experiencia, de lo no realizado, de lo que no está dado y se produce. Es la incongruencia entre el sentido esperado y el sentido hallado, entre lo familiar y lo extraño, entre lo sublime y lo ridículo^[1], la punta por la que aparece la sorpresa al lado del inconsciente para Freud. Y sus enseñanzas sobre el *Witz* no son, ni más ni menos, que la consecuencia de una lectura hecha, una vez más, en la inestabilidad, en la posibilidad de hacer vacilar lo que se sabe. Se trata del instante en que la lectura produce una escritura que no estaba, una lectura que precipita la constitución de lo escrito; un instante que produce un *entre*: entre abrir y cerrar los ojos. No sería, como reza el sentido común, leer *entre líneas*, es, más bien, el modo en que la lectura produce ese *entre* en el que las líneas se escriben, son las líneas las que se delimitan ineluctables, es la lectura, y no el texto, la que escribe las líneas dejando, a cambio, un *entrelíneas* ilegible. Porque algo en esa lectura se resiste a ser leído. Soportar la incertidumbre de aquello que se escribe, solo puede ser posible resistiéndose al encorsetamiento del saber dado. Entendiendo que no hay lectura sin caída del sentido y sin caída de la mirada fascinada por el saber. Viene a colación el hecho de que Champollion se haya desmayado en el momento de descifrar la Piedra Rosetta como una muestra de este instante: caída y lectura suceden simultáneamente. No hay linealidad sino coagulado, condensación, simultaneidad y corte entre caída y lectura. “Un instante sin espesor ni duración en el que ocurre la lectura, ese instante que es la consumación y la ruina de todo saber, de todo lo pensado, en el que «alguien puede empezar a leer lo que no sabe y a pensar sin pensamientos» [Ritvo].” (Alberto Giordano, 1992: 2). Es eso que Freud nombra “desconcierto e iluminación” (2006) y que Lacan retomará varias veces poniendo en primer plano la sorpresa que pone a jugar el *Witz* cuando “sorprende al sujeto. Con su *flash*, lo que ilumina es la división del sujeto consigo mismo” (1987: 819). Alrededor de esos mismos años, en la epicrisis del historial de Elisabeth Von R, Freud dice:

No he sido psicoterapeuta siempre, y por eso a mí mismo me resulta singular que los historiales clínicos por mí escritos se lean como unas novelas breves, y de *ellos esté ausente, por así decir, el sello de seriedad que lleva estampado lo científico*. De eso me tengo que consolar diciendo que la responsable de ese resultado es *la naturaleza misma del asunto*, más que alguna predilección mía; una exposición en profundidad de los procesos anímicos *como los que estamos habituados a recibir del poeta me permite*, mediando la aplicación de unas pequeñas fórmulas psicológicas, obtener una suerte de intelección sobre la marcha de la histeria (1997: 174).

“La naturaleza misma del asunto”, tal es la cifra de la relación entre psicoanálisis, escritura y lectura. Porque lo que está en juego es el modo en que el cuerpo de la histeria con el que Freud se encuentra

resulta una escritura y el modo en que el psicoanálisis leerá esa escritura. Ese es, quizás, el primer gran descubrimiento freudiano: la histeria produce, inventa un cuerpo que no se deja reducir al saber de la ciencia. Y allí donde la ciencia se desorienta, allí donde el cuerpo de la histeria desorienta a la ciencia, es que Freud encuentra las pistas que lo orientarán en la lectura. Leer ese cuerpo es, al mismo tiempo, hacer de ese cuerpo un acontecimiento, es hacer del síntoma un decir. El descubrimiento freudiano funda un cuerpo inédito e inaudito porque funda, a la vez, una lectura.

Es en medio de la espectacularización de la histeria, haciéndose un lugar en los pocos intersticios que Charcot dejaba, donde comienza a germinar su invención. La dimensión ética del gesto freudiano se encuentra en haber depuesto la violencia de ver, en haber cerrado los ojos frente al espectáculo de los cuerpos sufrientes de esas mujeres. Porque en esa puesta en escena, en esa teatralización de los síntomas, Freud produce una separación y una apertura hacia otra escena: el inconsciente. La emergencia de ese lector solo puede ser posible en esa especie de paradoja que implica cerrar los ojos. Se trataba de cerrar los ojos para poder leer.

Preocupado por el modo en que los post freudianos habían reducido a palabras gastadas la enseñanza de Freud (Lacan, 1995:11), por cómo había sido cristalizada su letra, Lacan propone su consigna: “retorno a Freud”. El retorno a Freud es, lejos de cualquier retorno nostálgico, lejos de cualquier recuperación de la palabra freudiana para elevarla al estatuto de dogma, lejos de cualquier pretensión de erigir una autoridad, una operación de lectura. De este modo, Lacan irrumpe en la escena psicoanalítica como un pensamiento orientado a contrarrestar la *doxa* y los lugares comunes como formas más notorias de la cristalización de sentido. De esta manera comienza a desestabilizar un saber que había sido sedimentado, aplanado y vaciado por la Institución psicoanalítica. Su modo de leer a Freud produjo una enseñanza propuesta como “rechazo a todo sistema” (1995: 11). Porque no se trataba de explicar a Freud, sino de evidenciar las condiciones de la producción de un saber original y subversivo. Lacan lleva a cabo una política de lectura y de transmisión de una enseñanza que se sostiene en una resistencia a la *doxa*, a la verdad establecida, al poder de las Instituciones. Una transmisión sostenida en preservar al sentido de su institución; sostenida en un decir que ha dejado caer la referencia al universal, posibilitando la emergencia de un lector que no es dado anticipadamente y una lectura como acontecimiento, en las antípodas del poder de la fascinación y del adormecimiento que producen los saberes sedimentados, es decir, la *doxa*.

En un movimiento similar al de Lacan, la crítica literaria de los postestructuralistas, en especial -aunque no exclusivamente- la de Roland Barthes, se nutre del psicoanálisis, y más específicamente de la enseñanza de Lacan, para poder emprender una lectura igualmente nueva. Esa lectura que será nueva cada vez. Porque lo que resulta destacado de este modo de leer es su costado performativo. No se trata tanto de lo que un texto dice, sino de lo que en la lectura se hace, de lo que la lectura hace, de lo que con la lectura se hace. Y lo que se hace con un dicho, con un texto, es un decir, un decir que cobra, a su vez, estatuto de hecho. La lectura es performativa allí donde lo que instaura es, no una captación de sentido, sino una experiencia con el lenguaje.

Del mismo modo en que Lacan tuvo que luchar contra el poder de las Instituciones, contra el sentido instituido (aquel que pretendía hegemonizar la IPA), contra la institución del sentido, Barthes luchó contra la crítica académica establecida inaugurando, también, una nueva manera de leer, una nueva crítica. Esta lucha también se erigió contra la pretendida hegemonización del sentido, en definitiva: contra la *doxa* de la crítica académica.

Los lugares por los que Lacan y Barthes pasan respecto de los cuestionamientos de los que fueron objeto en su intento por validar un modo de leer resultan, en ambos, análogos y precipitan “un nuevo lector” que bien podría ser el sintagma que reúna a ambos en su relación a la letra. No sólo una nueva crítica, un nuevo psicoanálisis, sino un nuevo lector; una manera de leer radicalmente original que precipita consecuencias inesperadas; un nuevo modo de leer, aquel que se sostiene inestablemente en los intersticios de la lengua. Un nuevo modo de leer, un nuevo lector, un nuevo sujeto y, en definitiva, un nuevo objeto. Porque, junto al sujeto, la lectura también crea su objeto.

En “De la subjetividad en la lectura” (1991), Alberto Giordano dice: El sujeto de la lectura no usurpa el lugar del Autor; no preexiste al acontecimiento sino que se constituye enigmáticamente, en él. Lo que aquí llamamos *sujeto de la lectura* no se reduce a la subjetividad del “lector empírico”, pero no deja de estar en relación con esa certeza. A la vez que vuelve problemática la identidad del Autor, el acontecimiento de lectura pone en suspenso, hace vacilar la identidad del lector. (13).

Efectivamente, Giordano señala de manera precisa la lectura partiendo de la certeza. Porque no se trata de una incertidumbre inicial sino de hacer vacilar esas certidumbres iniciales. No es sin certeza que la lectura puede precipitarse: porque se precipita al interior de ella diluyéndola, equivocándola, haciéndola inconsistente. Se trata de un sujeto incierto, equívoco que va más allá de la designación pronominal, “porque es a un mismo tiempo más y menos que «yo», porque muestra a la vez lo que al «yo» le sobra y le falta (...) que ningún nombre propio alcanza a designar” (13). La lectura que Giordano hace de Barthes muestra el modo en que la noción de “cuerpo” cobra el relevo de este sujeto irrepresentable y singular. “El cuerpo es el sujeto de la lectura”. El cuerpo tocado por el texto es, a la vez, lo que inventa el texto. “Antes de la lectura” sigue Giordano, “no hay *cuerpo* sino *yo*; antes de la lectura no hay texto sino obra”. (15). En este preciso punto cobra valor nuevamente aquello que Barthes dice del estereotipo, otro modo de la *doxa*, como “ese lugar del discurso donde falta el cuerpo”. (1978:98). No deja de resonar en esto lo que de las enseñanzas del *Witz* pudo extraerse, allí donde se trata de la dialéctica entre desconcierto e iluminación, entre el sentido y el sinsentido.

Leer cobra así, al igual que en el *Witz*, la forma de lo que excede la intención, del escándalo de un sentido que fracasa, de la sorpresa de lo que acontece, de lo que ocurre más allá de cualquier voluntad. En el edificio macizo del Yo, en ese muro que se erige imperturbable, en ese almacén de sentido común irrumpe algo, un más allá de lo esperable produciendo un entre, un entretelas que deja ver los pliegues de la lengua precipitando una lectura que no puede ser de

ningún modo anticipada, esperada. Una lectura que en su precipitación rompe con los supuestos, diluye las certezas. En definitiva, una lectura que solo puede ocurrir de manera contingente, en un encuentro inesperado. Pasa o no pasa. Como ese paso que, en el *Witz*, con su *flash*, hace caer lo que se erigía como fatal.

NOTAS

[i] Freud vuelve a encontrarse con el escrito de Borne cincuenta años más tarde y se sorprende de no haber vuelto a recordarlo antes. Mientras que sí tuvo presente otros escritos del mismo autor.

[ii] Heine dice: “Du sublime au ridicule il n’y a qu’un pas, Madame. Pero, en el fondo, la vida es tan fatalmente seria que no resultaría soportable sin semejante mezcla de lo patético con lo cómico.” Ideas, El libro Le Grand (2003:199)

BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, R. (1978). *Roland Barthes por Roland Barthes*. Barcelona: Kairós.
- Barthes, R. (2010). *Crítica y verdad*. México DF: Siglo XXI.
- Freud, S. (1995). Para la prehistoria de la técnica psicoanalítica. En S. Freud, *Obras Completas* (págs. 257-260). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1997). “Señorita Elisabeth Von R”. En S. Freud, *Obras completas*, Tomo II (págs. 151-194). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2006). *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Giordano, A. (1991). De la subjetividad en la lectura. *Boletín/1 Del grupo de estudios de Teoría Literaria*, 12-15.
- Lacan, J. (1987). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En J. Lacan, *Escritos 1* (págs. 227-310). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1995). *El Seminario. Libro 1*. Buenos Aires: Paidós.
- Ritvo, J.B. (1992). *La edad de la lectura*. Rosario: Beatriz Viterbo.